

EL PAYASO Y LA FILOSOFIA

por

MARIA ZAMBRANO

A VECES, resulta que lo más viejo es también lo más joven... por fortuna. Pues con ello se da testimonio de que la infancia en el hombre y en la historia persiste, de que persiste ese último fondo de sentir originario y original bajo las circunstancias históricas. Y se echa de menos que el sabio que se ocupa de prehistoria o de arqueología, o de historia de las religiones, no vaya a descubrir en las actitudes diarias muchas formas de sentir aún vigentes que explicarían el signo ambiguo hallado en la piedra, o el hermético documento que tan perplejo le deja.

Y aun el sociólogo, que ha venido a ocupar casi el lugar del teólogo y del filósofo antiguo vería esclarecida su ciencia, si se inclinase humildemente ante las creencias que rigen la vida cotidiana o ante eso que se llama *folklore*. El floklore que no es más que la persistencia viviente de creencias y sentires en que la espontaneidad del alma de un pueblo se expresa, sueña.

Y esas formas de arte humilde, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, de fragancia impercedera, que inagotablemente encanta y atrae, ¿no muestran y esconden al par algunos secretos de la condición humana, de una tradición; en suma, la historia que no pasa?

Y del arte popular se destaca la figura del eterno payaso. Más que popular es de todos, como lo son las obras clásicas: Don Quijote, el Romancero, la cúpula del Panteón que inspira hasta al más humilde de los maestros romanos, ¡las obras máximas del humano ingenio que son, al par, el pan de cada día! Pues una obra de arte alcanza su fin cuando se convierte en alimento para todos.

Para todos juega el payaso la eterna pantomima. Hace reir a todos, infaliblemente. ¿Por qué? Hay obras dramáticas que sólo un actor excepcional y una *mise en scene* adecuada logran dar eficacia. Obras musicales que requieren un ambiente especial y una perfecta ejecución, y hasta films que en otra sala o en compañía de otros amigos pierden de su fuerza. Mas el payaso es siempre eficaz; no importa que sea bueno o malo. Hay payasos geniales: el viejo Grock, Charlot, pero cualquier payaso bajo la luz de acetileno, en una

carpa desgarrada, logra, infaliblemente, con los viejos trucos —siempre los mismos y siempre inéditos— la risa, o, lo que es más difícil, la sonrisa colectiva.

Recuerdo al viejo Grock haciendo sonreír a una multitud inmensa de todas las edades y clases sociales en el Circo de Price, de un Madrid ya angustiado, en ese período más angustioso aún que la postguerra, que es la preguerra. (Del que no sé por qué no suele hablarse nunca.)

Me produjo asombro esa sonrisa, no carcajada, ni siquiera risa colectiva, pues la sonrisa es lo más delicado de la expresión humana, que florece de preferencia en la intimidad, y aun a solas; comentario silencioso de los discretos, arma de los tímidos y expresión de las verdades que por tan hondas o entrañables, no pueden decirse. Cuando Cristo se oyó interrogar de Pilatos en aquel *proceso* paradigmático: *¿Qué es la verdad?*, calló y . . . sonrió. Calló y sonrió como prólogo a la lapidaria contestación en el episodio de la mujer adúltera. Y cuántos procesados humanos no tienen sino callar y sonreír en el punto de la verdad, de la verdad, sin más, que habría de confundir al que procesa.

La sonrisa es la expresión que apenas aflora el silencio, y se guarda, como el silencio, ante las verdades demasiado reveladoras. Todo esto y algo más, yo me decía en aquella fecha, ya lejana. ¿Y qué hacía Grock, qué hace Charlot para lograr ese clima de meditación, esa sonrisa que nace del silencio?

Porque hay un clima de meditación, de reconocimiento de verdades íntimas, de donde nace la sonrisa. Y hay el encanto, y hasta el sentir halagada una zona de nuestro ser que apenas vive y hay la sonrisa de *vendetta* lograda.

Hay siempre venganza en la sonrisa, una venganza sutil. Y cuando es una multitud la que sonrío, será, debe de ser, porque se siente vengada en forma pacífica, armoniosa de algo que soporta, que ha de soportar difícilmente.

Y yo diría que uno de los trucos del payaso que nunca falla es una escena en que no sabríamos decir qué es lo que hace. Pues en realidad, no hace nada. Todos los payasos lo repiten; es infalible y deben de saberlo; ante cualquier público, aunque sea de intelectuales. Y es . . . ¿cómo describirlo con palabras?

Es ese ir y venir vacilante y cambiando de dirección, es ese ir hacia algo y quedarse detenido a la mitad del camino; ese gesto fallido de querer apresar algo, de evitar que se escurra de entre las manos, como si fuera una mariposa, un objeto pesado y a veces grande; el violinista al que se le escapa el violín. Es el . . . eterno Aquiles que no puede alcanzar a la tortuga.

El Aquiles que no puede alcanzar a la tortuga, ¿quién es? ¿No es, acaso, el intelectual, el filósofo; es decir, el que piensa?

El payaso mimetiza desde siempre y con éxito infalible el acto de pensar, con todo lo que el pensamiento comporta: la vacilación, la duda, la aparente indecisión. El alejamiento de la circunstancia inmediata, esa que imanta a los hombres... Mimetiza esa peculiar situación del que piensa que parece estar en *otro mundo*, moverse en otro espacio libre y vacío. Y de ahí el equívoco, y aun el drama.

El hombre que piensa comienza por alejarse, más bien por *retirarse* como el que mira, para mejor ver. Crea una distancia nueva y otro espacio, sin dejar por eso de estar dentro del espacio de todos. Para ver lo que está lejos o detrás, oculto, deja de prestar atención a lo que inmediatamente le rodea; por eso tropieza con ello. Y como se mueve en busca de lo que no está a la vista, parece no tener dirección fija, y como su camino es búsqueda, parece vacilar.

El payaso realiza la mímica de esta situación en forma poética y plástica, o más bien musical; la hace visible cuanto es permitido. Y la hace visible también desde el *otro*, desde el hombre que ve pensar a otro sin acabar de darse cuenta de lo que está sucediendo ante sí; ve solamente a alguien que tropieza, para el que son obstáculos las cosas más corrientes, que un niño sabría apartar. Mas, algo sospecha, y de ese contraste surge la risa o la sonrisa; sonrisa en los que sospechan, risa burda en los que sólo sienten halagado su instinto elemental.

Es el gesto de Charlot que recoge cuidadosamente una gota de champagne con un dedo en la mano, mientras con la otra está vertiendo el contenido de una botella. El que tropieza con un piano de cola por perseguir un vilano o... una nada en el aire. Un vilano o una mariposa... una nada inapresable, perseguida tenazmente, y que se escapa hasta que, al fin, ya la tiene. Pero ¿qué tiene?: una nada. Por eso, la risa o la sonrisa de los que sospechan que esa nada —vilano, mariposa— es un símbolo de la verdad y de la libertad, del *espíritu* como se ha nombrado a veces, de lo que libra al hombre de ser nada más que un manojito de instintos. Un símbolo de ese poder que no se acaba.

Y aún más; lo más grave: no sólo el que piensa se mueve en otro espacio, sino en otro tiempo. El pensamiento necesita tiempo, lo consume, es su gran lujo. *Dejadme tiempo*, dice el que, al fin, se da cuenta de que la vida se le va sin haber pensado. O *Si me hubieran dejado tiempo para pensarlo...* Porque la vida no admite espera y no da tiempo a prepararse ni apenas a mirar.

Y en ese tiempo sin tregua, cuya corriente incesante no deja de fluir, trayéndonos siempre algún suceso, el pensamiento introduce su tiempo, un tiempo al margen, en blanco, un tiempo que se confunde con la libertad.

Mientras se piensa se es enteramente libre. Y el pensamiento mismo es la libertad.

Mas este tiempo visto desde afuera, por aquellos que no participan en su disfrute, parece lujo ocioso y hasta enajenación. Ante los ojos de la multitud nadie más parecido a un imbécil que un hombre que está pensando. Y así, brotan hasta de los amigos más cercanos, con la mejor de las intenciones, frases como éstas, salidas de la impaciencia consuetudinaria: *Pero no lo pienses ya más; vamos, haz algo.* O el tradicional: *No pienses, que eso no sirve para nada.*

Porque el hombre, los hombres todos, tienen miedo de la libertad al mismo tiempo que la aman; sufren cuando se ven privados de ella y la rechazan cuando la tienen. Diríase que lo más humano es querer la libertad para no usarla o para usarla en momentos de embriaguez, de pasión o de entusiasmo, cuando ya deja de ser verdaderamente libertad y linda con el delirio.

Quizá sea ese el conflicto más hondo de los que el hombre lleva consigo, soterrado en su conciencia: querer la libertad para no usarla; echarla de menos para rehurla. Y cuando el payaso mimetiza ese conflicto, aun en la forma más burda, se siente liberado por un instante y ríe, ríe sin saber por qué. Pues casi siempre reímos sin saber de qué. Si supiéramos descifrar lo que se esconde en la risa.

Parece saberlo todo el payaso. Con su rostro inmóvil, imitación de la muerte, parece ser una de las formas más profundas de conciencia que el hombre haya alcanzado de sí mismo. Y *como todo lo profundo necesita una máscara*, que dijera Nietzsche, la tiene desde siempre en esa máscara la más profunda y la más transparente: un muerto que finge estar vivo. Y como está muerto, todo lo sabe; mas como ya no le importa, tiene caridad, la caridad que no tiene el filósofo por estar todavía vivo. La suprema misericordia de dar la verdad sin anunciarla, elegantemente; y de ofrecer a todos, si no otra cosa, la libertad de un momento, mientras ríe. La libertad que no goza por el pensamiento, la alcanza, al fin, riéndose de su propio conflicto. Pues siempre que nos reímos, ¿no nos reímos un poco de nosotros mismos?

Nos reímos de lo que los otros hacen o dicen, pero si en ellos no nos viésemos un poco objetivados, no sentiríamos esa impresión de habernos liberado de un conflicto o un temor; del temor inconfesado de ser así, de algún modo que no nos gusta.

Y así, el payaso nos consuela y alivia de ser como somos, de no poder ser de otro modo; de no poder franquear el cerco que nosotros mismos ponemos a nuestra libertad. De no atrevernos a cargar con el peso de nuestra

libertad, lo cual se hace sólo pensando. Sólo cuando se piensa se carga con el peso de la propia existencia y sólo entonces se es, de verdad, libre.

Con la sombra densa de nuestros conflictos el payaso modela sus gestos, su mímica casi inmóvil. Y, al fin, todo lo resuelve en música; unos cuantos lamentos de violín o una cadencia apenas esbozada en el piano y hasta, el leve sonar de una filarmónica que viene a decirnos: *¡Eppur si muove!* Somos, a pesar nuestro, libres.